

Política Internacional (no. 26 ene-jun 2017)	Título
Hart Dávalos, Armando - Autor/a; González Maicas, Zoila - Autor/a; Molina Molina, Ernesto - Autor/a; Neglie, Pietro - Autor/a; Sierra Santiesteban, Orisel - Autor/a; Peña Cruz, Joannes - Autor/a; Yepe Menéndez, Manuel E. - Autor/a; Delgado Bermúdez, Eduardo - Autor/a; Cobo Roura, Narciso - Autor/a; Oramas, Oscar - Autor/a;	Autor(es)
La Habana	Lugar
ISRI	Editorial/Editor
2017	Fecha
	Colección
Roa García, Raúl; Relaciones internacionales; Política exterior; Política interna; Historia; Europa; América Latina; Cuba;	Temas
Revista	Tipo de documento
"http://biblioteca.clacso.edu.ar/Cuba/Isri/20171128024504/rp26_2017.pdf"	URL
Reconocimiento-No Comercial-Sin Derivadas CC BY-NC-ND http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



POLITICA INTERNACIONAL

REVISTA SEMESTRAL

XXVI

- CONFERENCIA DEL FRAILE DOMINICO FREI BETTO A ESTUDIANTES DEL ISRI
- LA REVOLUCIÓN CUBANA Y SUS IMPLICACIONES EN LATINOAMÉRICA
- DESDE UNA TRADICIÓN COMÚN HASTA NUEVOS ESCENARIOS. ¿CUÁL ES LA IDENTIDAD Y EL FUTURO DE EUROPA?
- UN “CAVEAT” NECESARIO: LA CLÁUSULA PARAGUAS EN LOS TRATADOS DE INVERSIÓN

La Habana, Cuba. Enero - Junio de 2017



ISRI

INSTITUTO SUPERIOR
de RELACIONES INTERNACIONALES
RAÚL ROA GARCÍA

POLITICA INTERNACIONAL

REVISTA SEMESTRAL

XXVI

Enero - Junio de 2017



INSTITUTO SUPERIOR
de RELACIONES INTERNACIONALES
RAÚL ROA GARCÍA

*Ministerio de Relaciones Exteriores
República de Cuba*

Directora: Emb. Lic. Isabel Allende Karam

Secretaria: Lic. Micaela Ramírez Calzadilla

Consejo Editorial:

Dr. Ernesto Molina Molina

Dr. Leyde E. Rodríguez Hernández

Dra. Zoila Gonzáles Maicas

Dr. Manuel Carbonel Vidal

Dra. Aixa C. Kindelán Larrea

Dr. Juan Sánchez Monroe

MSc. Nidia Alfonzo Cuevas

Consejo Asesor:

Dr. Miguel A. Barnet Lansa

Dr. Julio García Oliveras

Dr. Armando Hart Dávalos

Dr. Eusebio Leal Spengler

Lic. Abelardo Moreno

Coordinadora General:

Lic. Micaela Ramírez Calzadilla

Diseño y Diagramación:

Alexis Ponce

ISSN 1810-9330

RNPS 0505

Dirección: Calzada 308 esq. a calle H, Plaza de la Revolución, La Habana, Cuba.

Apartado Postal 10400

Teléfono: 7 836 4699

Correo: rpolint@isri.minrex.gob.cu

Los trabajos publicados en esta revista corresponden a las opiniones de los autores. Todos los derechos reservados ISRI.

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización de la editorial.

Impreso en la unidad de Producciones Gráficas del MINREX.

Índice

A LOS LECTORES / 5

I. EL MUNDO EN QUE VIVIMOS

Conferencia ofrecida por el fraile dominico Frei Betto a estudiantes del ISRI / **7**

La Revolución cubana y sus implicaciones en Latinoamérica. *Dr. Armando Hart Dávalos* / **27**

América Latina y el Caribe: Alcance de su proyección Integracionista y su accionar microeconómico. *Dra. Zoila A. González y Dr. Ernesto Molina Molina* / **38**

Desde una tradición común hasta nuevos escenarios. ¿Cuál es la identidad y el futuro de europa? *Prof. Pietro Neglie* / **49**

La política interna y exterior de Alemania con Angela Merkel. *Msc.Orisel Sierra Santiesteban* / **63**

La llamada Revolución Naranja como antecedente directo de la actual crisis en Ucrania. *Msc Joannes Peña Cruz* / **81**

II. DIPLOMACIA CUBANA

La primera ex neocolonia de Estados Unidos. *Lic. Manuel E. Yepe Menéndez* / **98**

CUBA y la OEA: agresiones, aislamiento y elementos tergiversados o desconocidos. *Lic. Eduardo Delgado Bermúdez* / **111**

Recuerdos de un creador y Canciller de la Dignidad: Raúl Roa García. *Dr. Oscar Oramas Oliva* / **132**

III. TEMAS JURÍDICOS

Un «caveat» necesario: la cláusula paraguas en los Tratados de inversión. *M.c. Narciso Cobo Roura* / **135**

IV. DOCUMENTOS

Discurso del presidente de los Consejos de Estado y de Ministros, General de Ejército Raúl Castro Ruz, en la XIV Cumbre del ALBA-TCP / **145**

Declaración de la XIV Cumbre de los Jefes de Estado y de Gobierno del ALBA-TCP / **148**

Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba, Bruno Rodríguez Parrilla, en la inauguración de la V Reunión Ministerial CARICOM-CUBA / **152**

Declaración Final de la V Reunión Ministerial CARICOM-CUBA / **155**

V. NOTAS

Sobre publicaciones recibidas / **160**

De los autores / **163**

Convocatoria XIII Seminario de Relaciones Internacionales
«ISRI 2018» / **167**

Desde una tradición común hasta nuevos escenarios. ¿Cual es la identidad y el futuro de Europa?

Prof. Pietro Neglie¹

Texto tomado de la conferencia ofrecida por el autor con motivo del 60 aniversario de la firma de los tratados de Roma.

Hace sesenta años, una aspiración secular que había sido por mucho tiempo el sueño o la utopía de unos pocos, se realizó adquiriendo una forma concreta: el nacimiento de la Comunidad Económica Europea. El sentimiento europeísta, pues, encontraba en Roma, en 1957, su consagración. Cuando, en 1992, en Maastricht, se firmaron los tratados que dieron vida a la Unión Europea, ese mismo sentimiento pareció contagiar a todos los países de la «vieja» Europa y a los que después de la Segunda Guerra Mundial habían entrado a formar parte del bloque soviético².

El camino hacia Europa fue un acto de voluntad, que surgió del reconocimiento del valor unificador de intereses económicos capaces de generar conflictos terribles, dado el nivel alcanzado por la tecnología militar. Esta fue la premisa que llevó a la creación de la CECA(1951-2002). Sin embargo, el paso adelante que representaron los Tratados de Roma fue también el resultado de la aceptación de la idea y del valor fundamental de la libertad y de la dignidad humana, fundamento de la unidad europea. Los Tratados fueron el reconocimiento de una base común constituida por la cultura, las tradiciones y los valores compartidos.

Hoy en día, la crisis económica que afecta a nuestro continente desde 2009 parece haber infligido un duro golpe a ese sentimiento, el euro-entusiasmo va desapareciendo, y esa unidad, que había sido alcanzada con mucho esmero, está siendo más cuestionada. Muchos países desean o amenazan con salir del euro, y nuevos conflictos y rivalidades parecen socavar tanto la realidad política institucional europea, como la idea misma de Europa.

Actualmente el núcleo del problema es el de las relaciones internas en Europa, dividida como está entre países que han obtenido evidentes beneficios con la unificación y países que, en cambio, consideran que, al cumplir con

¹ Profesor de Historia Contemporánea e Historia de Europa de la Universidad de Trieste, Italia.

² G.Mammarella, P. Cacace, *Storia e politica dell'Unione europea*, Editori Laterza, 1998, pp. 84-96; 251-256.

los parámetros necesarios para su entrada en la UE, han sido en gran medida penalizados. Sin embargo, la opinión pública de todos los países miembros advierte hoy —por diferentes razones— una creciente desafección, sentimientos de oposición hacia Europa y nostalgia por el viejo estado nacional soberano y su moneda.

Y no se trata solo de los populismos que actualmente desprestigian a Europa, porque incluso los que apoyaron y creyeron en una Europa unida, hoy afirman que Europa, tal como está, satisface únicamente restringidos clubes de euro-burócratas, de representantes de la tecnocracia, por no hablar de los que nunca han considerado necesaria la finalización de Europa, la realización de la «visión» de sus padres fundadores y de los pioneros del federalismo³.

Europa está en crisis por las normas estrictas en materia económica y financiera que los países más fuertes le han impuesto; porque el ciudadano europeo no se siente como parte de una comunidad que otorga importancia central a la economía, y descuida al aspecto social y al desarrollo cultural, elementos estos necesarios, justamente, para construir una comunidad.

Los padres fundadores de la Europa unida partían de una idea inclusiva, de orígenes y tradiciones comunes y contemplaban la armonización de los intereses de todos.

La idea de Europa

Un gran historiador italiano, Federico Chabod, en su famoso y fundamental trabajo «Historia de la idea de Europa» escribió que Europa se formó por el principio de oposición: la civilización de los griegos, por un lado, la barbarie de los persas, por el otro. Y desde entonces, se siguió definiendo por oposición, permaneciendo, de hecho, dentro de este concepto dicotómico: civilización-barbarie.

La oposición es un momento fundamental en la fase de construcción de una identidad, tanto subjetiva como colectiva. Sobre ese principio se han formado identidades colectivas que han dado vida a un modelo cultural no solo de sociedad, sino incluso de civilización, que se ha formado a lo largo de los siglos en el encuentro-desencuentro entre grupos étnicos, religiones, naciones, por lo tanto, en la diversidad.

Desde entonces, esta diversidad se auto-tutela y se conserva como elemento central de la compleja identidad europea, que parte de orígenes,

³ G. Mammarella, P. Cacace, *ibidem*; H. Mikkeli, *Europa. Storia di un'idea e un'identità*, il Mulino, 2002, pp. 175-188.

tradiciones, cultura y aspiraciones comunes. Desde entonces Europa se caracteriza como una entidad políticamente fraccionada, con intereses diferentes de proteger, incluso con el uso de las armas, y sin embargo, culturalmente unida⁴.

Mas cuando la identidad es fuerte y determinada, la oposición ya no es necesaria, y Europa hoy —que se basa en una tradición centenaria— ya no necesita de los «bárbaros» o de un enemigo, para entender lo que es y lo que quiere. El sentimiento de pérdida después de la desaparición del «bárbaro», del «otro» experimentado como un enemigo, ha sido bien expresado por un poeta. Ya en 1904, anticipando los tiempos, como sucede a menudo con los artistas e intelectuales, Constantinos Cavafis escribió: «*Porque se hizo de noche y los bárbaros no llegaron. Algunos han venido de las fronteras y contado que los bárbaros no existen. ¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros? Esta gente, al fin y al cabo, era una solución*».

Al contrario, los que tienen problemas de identidad tienen que buscar y encontrar a los bárbaros, porque en oposición a ellos construyen y renuevan su identidad. Y esta tentación, siempre al acecho, hoy se manifiesta abiertamente con respecto al Islam y a los inmigrantes, después de haber considerado con el mismo espíritu de oposición al comunismo de la Unión Soviética.

Yo no creo en el choque de civilizaciones pero veo tensiones peligrosas que podemos neutralizar gracias a la percepción exacta de lo que somos, y es aquí, sobre este terreno, que los políticos e intelectuales deben obrar para construir una red común de valores y comportamientos que puedan servir de base común para la comparación, para el encuentro e incluso la contraposición dialéctica de diferentes visiones del mundo, del hombre, de la fe.

Indudablemente, frente a un escenario de semejante complejidad y dificultad, una consideración del pasado, de la historia, nos proporciona una gran ayuda si sabemos interrogarla. Si la pregunta es «¿Qué es Europa?», y se hace imprescindible ofrecer una respuesta no solo para satisfacer una simple curiosidad, sino, más bien, para delimitar sus fronteras culturales, políticas, éticas, de valores, para comprender si existe un futuro viable, creo que sería muy útil prestar atención a la pregunta que históricamente la precede: ¿qué es la Nación? E intentar aprender algo de esta.

Porque tanto como Europa hoy, también la Nación ha experimentado en su pasado vicisitudes alternas, contradictorias⁵.

⁴P. Neglie, *Un secolo di anti-Europa. Classe, Nazione e Razza: la sfida totalitaria*, Rubbettino editore, 2003.

⁵H. Schulze, *Aquile e leoni. Stato e Nazione in Europa*, Editori Laterza, 1994.

El Estado Nacional ha subsistido, porque a este han adherido, racional y emocionalmente, grandes masas, porque ha producido un sentimiento colectivo interiorizado⁶.

La Nación es —decía Renan— un legado de recuerdos. La nación es también una lengua, una bandera, una moneda, un modo de pensar, un conjunto de sitios sagrados, monumentos, mitos fundadores, y mucho más, que en algún momento de su desarrollo se «entrelazan» con, y al mismo tiempo determinan, un importante proceso de modernización económica y social, que se traduce en un sistema particular de producción y de intercambio, impulsado por nuevos grupos sociales.

También la Nación ha encontrado en la unificación del mercado interno un importante punto de partida que a su vez condujo al estado nacional, así como la CECA, la CEE, el EURATOM han llevado a la Unión Europea.

Europa no ha hecho experiencia de estos procesos que sus países miembros, todos, han vivido. Desde que el proceso de unificación sufrió una aceleración repentina, después de la caída del muro de Berlín, del colapso de la URSS y del fin de la Guerra Fría, Europa parece haberse reducido a la moneda única.

No quiero decir si ha sido por pasividad o por un deseo específico que Europa ha renunciado a favorecer el nacimiento de un sentimiento europeísta, de un patriotismo europeo, de un sentimiento común europeo, de un interés común europeo.

No se ha esmerado por despertar entusiasmo o sentimientos de identidad común, a pesar de tener en su bagaje histórico y cultural una larga tradición de identidad cultural madurada en un contexto de unidad cultural y división política.

La pérdida de las certezas que el mundo dividido en dos por la «cortina de hierro» representaba, fue un trauma, recibido con el júbilo de la multitud y con un sentido de liberación de parte del mundo político occidental⁷.

El fracaso de la alternativa este comunista - oeste liberal, ha proporcionado un gran espacio a Europa, que en su camino hacia el desarrollo y el crecimiento político, económico, cultural, se ha encontrado con el poder de Estados Unidos, deseosos de preservar su primacía. Pero si Europa no redescubre, no reevalúa y no ejerce la idea que constituye su esencia interior, está destinada a hundirse.

Por supuesto, si el análisis debe ser severo e intelectualmente honesto, no podemos ocultar el hecho de que Europa ha cultivado y alimentado en su

⁶A. M. Thiesse, *La creazione delle identità nazionali in Europa*, il Mulino, 2001.

⁷Vease G. Mammarella, *Europa e Stati Uniti dopo la guerra fredda*, il Mulino, 2010.

seno la Inquisición, el absolutismo, el colonialismo, el imperialismo, el fascismo y el nazismo. En particular, estos totalitarismos no fueron una suerte de percance, más bien, nacieron en Europa misma y se rebelaron contra ella y lo que hasta entonces había representado. Querían destruir el espíritu europeo y construir un sistema que negaba las raíces de la idea misma de Europa⁸.

Europa ha sido un Jano que mostró sus dos caras, la «buena» y la «mala», y en los momentos decisivos, esos en los que tuvo y pudo decidir su futuro, prevaleció la buena.

El temor de la mayoría hoy en día es que la dimensión supranacional pueda llevar a una ruptura con el pasado y vilipendiar o marginar los elementos que constituyen a cada una de las naciones. Sin embargo, la idea de Europa no conduce a una ruptura con el pasado nacional, sino que favorece la ciudadanía múltiple a nivel institucional y cultural. siempre que decida - en este delicado momento de la historia - no ser tan sólo un conjunto de reglas, un campo en el que la economía y las finanzas ejercen su hegemonía, sino una realidad compleja en que la estructura y la superestructura de la sociedad, utilizando las categorías de Marx, sean armónicas, al punto de lograr crear una identidad colectiva y un modelo cultural que acompañe a la economía europea.

De la idea al proyecto

La historia de Europa es una historia de guerras. Desde sus orígenes y hasta por lo menos la Primera Guerra Mundial, los Estados-nación han estado luchando entre sí, participando en alianzas cambiantes. El aliado de hoy era el enemigo de mañana, pero el derecho a la existencia de otro país nunca fue cuestionado. La Primera Guerra Mundial fue una guerra civil europea y la característica principal de este tipo de conflicto no fue la voluntad de ganar, sino el deseo de destruir al oponente.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el resentimiento hacia el nacionalismo y la creencia de que había sido la causa de la horrible carnicería ocurrida favorecieron el nacimiento de un sentimiento nuevo, tenido de utopía, que podría llamarse «europeísmo».

Los protagonistas de esta fase, en la que aparecieron por primera vez los ideales de unidad, fueron los movimientos católicos y socialistas. Estos desarrollaron la idea de Europa en programas políticos, teorías, opiniones de intelectuales, la promovieron entre movimientos políticos; en definitiva ellos

⁸ P. Neglie, *Un secolo di anti-Europa*, ob. cit.

convirtieron el Europeísmo desde una idea a un programa político concreto de la agenda política internacional.

El nacionalismo fue la causa de la barbarización de Europa - como dijo Huizinga - por lo que fue necesario trabajar en la construcción de una unidad cultural y en la civilización, en un momento en que los países europeos, sin hacer distinción entre ganadores y perdedores, asistían impotentes a su empobrecimiento y se convertían en la economía más dependiente de Estados Unidos y sometida a sus patrones culturales.

Una catástrofe política, económica, cultural, frente a la cual una Europa unida parecía ser una respuesta y, al mismo tiempo, la herramienta útil para recoger los hilos de su pasado hacia un horizonte común. En los años veinte, el europeísmo fue visto como la única barrera para un posible resurgimiento del nacionalismo, en sus versiones distorsionadas que habían llevado a la transformación del ideal nacional, unitario y democrático, en agresivos y excluyentes nacionalismos⁹.

El primer movimiento fue fundado por el conde Coudenhove-Kalergi, para evitar más guerras, y también para hacer frente a la amenaza planteada por los nuevos centros de poder: los EE.UU., URSS, Japón, que cuestionaban la supremacía de Europa. Para defenderla y mantenerla se necesitaba la unidad de los países europeos; unidad que se construiría alrededor del eje representado por Alemania y Francia¹⁰.

Nos encontramos, por lo tanto, desde el principio con el doble error que caracteriza a la Europa de hoy, es decir, 1) crear un eje en torno al cual gire el resto de Europa; 2) pensar en la unidad para defenderse de una amenaza real o percibida.

Si el peligro japonés parecía algo remoto, lejano y relacionado con los EE.UU., que se proyectaban sobre el Pacífico después de la Guerra Hispano-estadounidense, después del nacimiento de las secciones nacionales del Comintern, la amenaza directa para Europa fue encarnada por el comunismo bolchevique. La idea de unir Europa con el propósito de bloquear al comunismo fue teorizada largamente, basta pensar en el verdadero propósito de la propuesta británica de lograr los Estados Unidos de Europa. Winston Churchill animó a los países europeos a dar este paso, sabiendo que el Reino Unido no habría sido parte porque quería confirmar su función imperial y mantener viva su presencia en todos los continentes.

⁹ G. Galasso, *Storia d'Europa. 3 Età contemporanea*, Editori Laterza, 1996.

¹⁰H. Mikkeli, ob. cit.

En 1929, el año de la crisis, Briand, el canciller francés, propuso una federación europea basada en el principio de unión y no de la unidad, que es una unión de naciones con vínculos económicos y políticos profundos que, no perjudica la soberanía de cada país. Pero el estallido de la crisis en los Estados Unidos cambió profundamente el clima internacional y el particularismo tomó revancha, así que cada país buscó su propia solución, frecuentemente a través de conflictos con otros países.¹¹

El aislamiento estricto de los Estados Unidos representó un elemento caracterizante de la distorsión de la situación internacional; y entender esa situación es extremadamente relevante en la actualidad. En la primavera de 1933 los Estados Unidos de Roosevelt no colaboraron para el éxito de la conferencia de Londres, es decir, para encontrar «una respuesta colectiva a los problemas de estabilización monetaria». Esa elección llevó a consolidar la crisis, los aranceles de aduana elevados, el aislamiento económico y en paralelo, aquello político y cultural. El comercio internacional sufrió una contracción masiva y el sistema de seguridad colectiva se derrumbó. Después de la Segunda Guerra Mundial, para los países vencidos la opción de una Europa unida representaba una forma de reintegrar la comunidad internacional, de la cual la derrota y el fracaso político e ideológico los habían expulsado. La Federación Europea se presenta como el fin del Estado-nación, la condición para preparar una «nueva democracia», un nuevo pacto social, una nueva cultura política.

Pero la segunda posguerra fue también el escenario en el cual se mostró una Europa en su versión anticomunista. La reconstrucción de Europa, de hecho, era una parte fundamental de la política norteamericana de contención de los partidos comunistas en los países europeos, y de la amenaza comunista a nivel internacional¹².

El período posterior a la guerra representó el contexto en el que los EE.UU. crearon el bloque occidental con la Doctrina Truman, enunciada en el Congreso, 12 de marzo de 1947, que marca el inicio de la Guerra Fría, el Plan Marshall y la Alianza Atlántica. El entusiasmo europeo del ex primer ministro británico, Winston Churchill, está contenido en el discurso de mayo de 1947, en el Royal Albert Hall, en el que explícitamente dice que «El propósito fundamental de una Europa unida es ofrecer una decisiva garantía contra la agresión». Por un lado, la civilización, por el otro una nueva forma de barbarie. Por lo tanto, se afirmó una reedición del principio de la oposición, que hace necesario abordar la identidad europea.

¹¹ G.Mammarella, P. Cacace, ob. cit.

¹² P. Neglie, *Il pericolo rosso. Comunisti, cattolici e fascisti fra legalità ed eversione 1943-1969*, Luni Editore, 2017.

Identidad europea

Europa tiene una identidad cultural que se ha formado a lo largo de los siglos, capa tras capa: la cultura greco-romana que llevó a la idea de democracia, estado de derecho, ley, espíritu crítico y científico. El cristianismo, que más allá de la controversia política que acompañó a los debates sobre la Constitución Europea, es sin duda un fuerte elemento de identidad. Ello forjó, durante largos siglos, los de *Societas Christianorum*, una Europa religiosa, cultural y política¹³. Pero un rol de igual importancia han jugado la Ilustración, la Revolución Francesa y sus ideales de libertad, igualdad y fraternidad, la democracia representativa, los derechos humanos, las libertades políticas y civiles, el respeto de las minorías y la tolerancia, la socialdemocracia, el estado de bienestar, la autonomía de la sociedad civil, la separación de iglesia y estado.

Estos resultados fueron posibles gracias a la circulación de ideas y al sincretismo y fueron de toda Europa, aun si algunos estados reclamaran su derecho de nacimiento, por ejemplo Francia con la Ilustración, o Inglaterra con los derechos humanos (*habeas corpus*).

Se necesita el análisis de la identidad para entender si tenemos un futuro como Europa, y en lo que se basa: en una cultura, puntos de vista comunes, los horizontes de valores o si es sólo una necesidad para resistir al poder estadounidense, a las amenazas procedentes de China, a la globalización o al Islam radical. Con este fin, es necesario identificar los obstáculos a la formación de una identidad europea, que, paradójicamente, están representados principalmente por la universalización de sus valores. Una cierta confusión, no sólo conceptual, se deriva de la superposición de Europa con el Occidente, de la dispersión en el mundo de los valores típicos de Europa: libertad, nacionalismo, marxismo, capitalismo.

La identificación Europa y Occidente es disfuncional a la necesidad de construir la identidad, sobre todo porque los EE.UU. han trabajado deliberadamente para identificarse con el Occidente, y se elevan como defensores de la civilización occidental para oponerse al comunismo. Defender los EE.UU. significaba defender el Oeste *toutcourt*, pero esta identificación, además de ser disfuncional es inexacta e inadecuada: no toma en cuenta la contribución a la formación del patrimonio cultural europeo de la Europa central o de los Judíos de Europa central y oriental, del pensamiento católico como de aquel socialista centrado en la idea de la igualdad y la solidaridad.

¹³ A. M. Thiesse, ob. cit.; M. Ricceri, *Il cammino dell'idea di Europa*, Rubbettino editore, 2004; L. Passerini (a cura), *Identità culturale europea*, La Nuova Italia, 1998.

Los intentos de redefinir la identidad europea en forma de identidad cultural, desde el himno y la bandera, sin embargo, han demostrado ser un fracaso. La Unión Europea todavía no puede competir con los estados nacionales en la movilización de identidad cargadas de emociones. Esto se debe principalmente al hecho de que la identidad nacional se puede describir como homogénea, de modo que el municipalismo, los regionalismos se advierten con molestia, mientras que la identidad europea puede ser concebida sólo como una pluralidad y apertura¹⁴. La Nación ha generado sentimientos de identidad y ha movilizado a la gente para lograr la unidad nacional y dar vida a sus propias instituciones que desde entonces se sostiene sobre un constitucionalismo basado en la separación de los poderes, siendo considerado como el único modelo viable en un contexto democrático. Dentro de un territorio —cuya demarcación era a menudo arbitraria— un pueblo que se reconocía como una unidad, se ha ganado el derecho al ejercicio de la soberanía. En la manera de hacer Europa, por lo contrario, la limitación de los estados nacionales y la creación de instituciones europeas han sido producidas por los gobiernos, no por el pueblo.

La identidad europea puede formarse a partir de la nacional, y cómo ella tomar forma lentamente sabiendo que la identidad no es un proceso definido y terminado, sino conflicto y renegociación de las diferencias. En aras de una identidad europea es esencial 1) conocer los fines, los medios y el alcance 2) permitir las relaciones entre los actores sociales que interactúan 3) llevar inversión emocional a través del cual los individuos se identifican con una comunidad.

Europa no es un pueblo o una nación o un estado en el sentido tradicional de la doctrina constitucional; carece del requisito fundamental de la categoría de estado: el «Staatvolk», el pueblo en su fuerte sentido político. Estos días se decide sobre la Europa a dos velocidades o a «Círculos concéntricos». El sueño de los padre fundadores parece usurado en su dimensión política institucional, pero no se puede abandonar el objetivo de producir una nueva identidad colectiva. Por lo tanto, Europa se enfrenta a un enorme desafío, un esfuerzo político y cultural parecido al que caracterizó el nacimiento de las naciones europeas, que comenzó a partir de diferentes culturas, diferentes grupos étnicos, estructuras organizativas que con frecuencia ya estaban formadas.

Un objetivo tan ambicioso no se puede lograr con recursos limitados, escasa participación de los ciudadanos, insuficiente motivación de los protago-

¹⁴ A. M. Thiesse, ob. cit.

¹⁵ H. Mikkeli, ob. cit.

nistas. De lo contrario, es necesaria eficiencia económica y administrativa, una gran inversión cultural, la re-elaboración de un pasado común, la participación activa de los actores sociales y políticos para reactivar un sistema democrático completo que en las estructuras europeas esta seriamente comprometido¹⁵.

No se trata de mantener unidas las identidades de una manera confusa, sino poner la convivencia en el centro del pensamiento político y de la vida cotidiana, para evitar que a la civilización de la convivencia siga el conflicto permanente. Dado que el reto es tan alto y lo que está en juego es tan importante, es necesaria una reflexión acuciosa sobre el problema de la identidad cultural.

La identidad cultural, especialmente después del '89 —nunca se investigó desde esta perspectiva— ha operado el paso de la igualdad y de la cultura de la igualdad que por su propia naturaleza integra, a la cultura de la diferencia, a la diferencia como valor, que por lo tanto se alimenta, para dejar espacio a más identidades que conviven: culturas, subculturas, contraculturas.

Los Tratados de Roma

En agosto de 1943, nació el Movimiento Federalista Europeo, que en la conferencia en Ginebra, en julio del 44 da la bienvenida a la idea de una Europa federal. Es decir, una alianza supranacional con su propia constitución, responsable con los pueblos de Europa, no de ningún gobierno en particular; con su propio ejército, con un gobierno apoyado por un Tribunal de Justicia para interpretar la constitución y resolver cualquier conflicto¹⁶. Hasta 1950, la discusión giró en torno a la manera de hacerlo posible, en este sentido un papel importante revistió al debate sobre los principios fundamentales de la cooperación. Los federalistas elaboraron un proyecto que se inició en la teoría, y fue a dar lugar prácticamente al final de la soberanía nacional, el estado nacional. En su opinión, organizaciones políticas europeas supranacionales representaban el centro de la estructura que contemplaban. Jean Monnet, uno de los protagonistas indiscutibles de la idea europeísta partió de experiencias de cooperación entre los Estados, que había vivido durante la Primera Guerra Mundial y vio repetidas durante la Segunda. Se dio cuenta de que en esas situaciones de emergencia, la mejor manera de utilizar los recursos nacionales residía en una operación conjunta para eliminar la repetición y las ineficiencias.

Para esto predispusieron a agencias especializadas, que podrían decidir de manera autónoma dentro de un marco establecido por el poder político: el

¹⁶ P. Graglia, *Unità europea e federalismo. Da «Giustizia e Libertà» ad Altiero Spinelli*, il Mulino, 1996.

control del sistema de cambio de las monedas, los suministros de alimentos, distribución de materias primas e incluso comandos comunes para guiar las operaciones de guerra. Por supuesto, estos organismos se mantendrán durante el tiempo de la guerra, para fundirse cuando se hubiera terminado. Monnet, jefe de una de estas agencias —puesto allí por los aliados durante la Segunda Guerra Mundial— se dio cuenta de que este método podría ser aplicado en tiempos de paz, con la identificación de intereses comunes y específicos, para los que una gestión colegiada sería útil, percibida de esta manera por los países en cuestión. Él comenzó a partir de la administración a la que se hubiera añadido las instituciones políticas en el proceso de construcción europea. Fue esta filosofía la que llevó a la CECA. La limitación de este funcionalismo fue, claramente, el concepto tecnocrático que puso la eficiencia de la administración sobre la capacidad creativa de la política.

De 1950 a 1957 se impuso la estructura funcional, debido a la oposición francesa a la unidad de proyectos de gran alcance pero eran considerables esfuerzos de aquellos, en primer lugar Henry Spaak (Ministro de Asuntos Exteriores de 1954 a 1958), que hicieron todo lo posible para estrechar los lazos, no sólo económicos, entre las naciones europeas. Después que la CED fue rechazada por el Parlamento francés, en el año 1954, la CECA demostró ser un modelo valioso para abordar la cuestión de los recursos energéticos y el posible uso civil de la energía nuclear. Además, los pequeños estados de Bélgica, Luxemburgo y Holanda surgieron con la intención de avanzar hacia una unificación de los mercados. Los eventos son conocidos y no necesitamos detenernos en ellos. Sin embargo, se debe observar que a pesar de las demandas de una mayor integración que de una vez llevaría rápidamente al federalismo, se afirmó un gradualismo excesivo que marcó la detención de ambiciones unitarias¹⁷.

Límites y perspectivas de la UE

La aceleración del proceso de unificación ha llegado desde la caída del Muro. Después de este hecho prevaleció la cuestión de una reforma de las instituciones europeas y los mecanismos de toma de decisiones. La perspectiva le hizo replantearse la gestión global y después de la ampliación a 25, la línea federal-funcionalista de Delors se pone en crisis. Esta crisis fue acentuada por la composición de la Comisión y el voto ponderado que se asignara a los nuevos miembros, en un contexto caracterizado aun por la unanimidad.

El riesgo de parálisis es evidente y se intenta evitar la aceleración de la materia Constitución. El salto hacia delante clásico con el que nos engañamos

¹⁷G. Mammarella, P. Cacace, ob. cit.

para evitar los problemas, permanecen en su lugar. Así que en Niza en el año 2001 se intentó cerrar el círculo, pero fracasó por un tratado de reforma de las instituciones con el fin de transferir poderes a los órganos supranacionales, salvaguardar las prerrogativas nacionales y la protección de sus intereses nacionales. Se tomaron decisiones de la cumbre con procedimientos complejos y formales ignorados por los ciudadanos europeos, que no saben que hacen las leyes en su nombre, no están informados ni consultados, por lo que las instituciones están demasiado distantes y son poco interesantes. Es necesario en su lugar, el consentimiento para legitimar decisiones que deberían producir cambios reales para mejorar. Con este fin, las instituciones y el pueblo soberano deben trabajar de forma sinérgica.

La crisis de Europa es, ante todo, crisis de la política, de un proyecto; para superarla es necesario cerrar la brecha democrática y fomentar la participación tanto de la confirmación y fortalecimiento del proyecto, como en su realización. La necesidad no es contingente, sino permanente. La política europea de inmigración es una evidencia de primera importancia en la actualidad.

Una mirada en la actualidad

Gran Bretaña ha decidido abandonar la Unión Europea. En los EE.UU., ganó el candidato republicano Trump, cuyos sentimientos anti-islámicos, antieuropeos y aislacionistas han dividido el país. Con la ayuda de este nuevo escenario internacional, los países fundadores de la CEE han recogido una vieja idea: la Europa de varias velocidades. El presidente francés habló explícitamente de la cooperación reforzada, que la Canciller alemana le gustaría ver incluidos en la declaración que seguirá a la próxima cumbre en Roma, y que debe formar la fisonomía de Europa para la próxima década. En la misma línea operan España e Italia, cuyo primer ministro reconoce el derecho de todos los países a tener diferentes ambiciones manteniendo el programa común. Italia ha estado durante mucho tiempo a favor de la aprobación del método federal, el voto por mayoría.

Sin embargo, la Europa de varias velocidades es una fórmula que prevé la coexistencia de: 1) los que aceptan el mercado único europeo y un sistema de valores compartidos, de las normas e instituciones comunes, pero sin excesivas limitaciones políticas; 2) los que aceptan una mayor cooperación en materia de defensa, la economía, las políticas sociales; 3) los países con vocación federal a los que les gustaría moverse hacia una «integración supranacional. Por supuesto, de esta manera no habría dejado de ser un directorio, un eje o jerarquías, sino tres áreas permeables que permitan el libre paso de uno. No obstante, para facilitar estos procesos necesitan una

base económica sólida para la zona euro y esto significa el fortalecimiento de la recuperación, preservar la estabilidad financiera y abordar las vulnerabilidades restantes de la unión económica y monetaria.

El mecanismo de la cooperación es reforzado, acordado por los países fundadores, y tiene como objetivo reducir el número de participantes, por lo que las decisiones se toman más rápidamente entre Estados cuyas condiciones son más homogéneas y por tanto no necesitarían demasiados compromisos. Según los defensores de esta solución, la formación de un grupo de Estados que practican una mayor integración, podría alentar a otros estados a hacer lo mismo.

Además, aquellos estados que no quieren renunciar demasiado a sus prerrogativas nacionales, podrían permanecer dentro de la UE sin tener que seguir a los que quieren más integración. Nada escandaloso si pensamos que ya existen diferentes velocidades en ciertos campos. De acuerdo con los Tratados el euro sería vinculante para los Estados miembros, pero ha sido adoptado por 19 estados de los 28, lo que presagia una integración monetaria diferente. Además, la zona de Schengen proporciona una integración diferenciada ya que los países miembros de la UE, como Croacia, Chipre, Rumania, Bulgaria, Irlanda y el Reino Unido no pertenecen a ella.

La crisis actual en Europa nos hace dar un gran paso hacia atrás, estos son días decisivos y no es sólo un ejercicio retórico decir que es posible romper el punto muerto, contestando a la pregunta: «¿quién soy, que quiero» y no «en contra de quien estoy, que soy, lo que no quiero. «Federal o confederal», Europa no puede sufrir marginación, tanto porque representa uno de los fundamentos de la civilización en la que vivimos, tanto por los recursos de todo tipo, tangibles e intangibles que posee y que puede enriquecer a la humanidad en su conjunto. Con este fin, creo que ahora es el momento de pedir resolución de cuestiones fundamentales - como por ejemplo: 1) identificar claramente el área geográfica distinta (la fórmula desde el Atlántico hasta los Urales era suficiente, ya no. ¿Qué pasa, por ejemplo, en Turquía?), 2) adoptar una política exterior coherente que garantice beneficios a sus miembros, 3) valorizar y cultivar una tradición cultural común, 4) perseguir y alcanzar la igualdad económica y 5) la democratización política.

Los cambios geopolíticos de los últimos años se reflejan en la vida de la UE y sus perspectivas. Nos encontramos ante el dinamismo del sudeste de Asia, la consolidación de la India y China como nuevos actores económicos y políticos, el fortalecimiento de Rusia, el nuevo aislacionismo de los Estados Unidos: esto configura un nuevo equilibrio mundial en el que Europa no puede ser marginal.

Dentro de estos nuevos escenarios, hay por lo menos dos áreas, que son, como la Europa, conjuntos complejos de economía, historia, tradiciones, culturas, hacia el cual estamos manifestando un dinamismo potencial positivo para todo el mundo: los Balcanes y América Latina.

La integración es un posible destino para los Estados balcánicos siempre que quede claro que en esa zona no puede ser una nueva China, con mercado abierto y sociedad cerrada, influir positivamente en los Balcanes, significa estabilizar y ejercer una influencia decisiva.

En cuanto a América Latina, recibimos con gran favor de la apertura de los Estados Unidos hacia Cuba, que ha cuestionado el embargo impuesto después de la Revolución.

Después de la Primera Guerra Mundial, Francia creyó resolver definitivamente la «cuestión alemana» persiguiendo la destrucción de Alemania. Lo que no había sido capaz de hacer con la guerra, lo tendría que hacer con la economía, hasta el punto que para el presidente Poincaré el Tratado de Versalles, era demasiado suave.

Ningún Estado tiene el derecho de socavar el desarrollo de otro, o incluso de procesar el colapso; de manera que ningún embargo es aceptable o adoptable. Es por esto que hemos acogido la inauguración de Obama y el voto de la Asamblea General de las Naciones Unidas, que en 2011 aprobó el fin del «bloqueo». Por supuesto, creo que es de agradecer la posición de Estados Unidos, que sin embargo ahora con la nueva administración es vacilante y contradictoria. Pero también creo que, especialmente en estos temas, Europa confirme que ha adquirido el conocimiento y la voluntad que a una vocación europea de los EE.UU. ha sido sustituida por una Europa con un enfoque europeo. El acuerdo de diciembre último debería leerse en esta perspectiva y abrir una nueva página en la historia de las relaciones entre Europa y Cuba, entre Italia y Cuba.

El patrimonio histórico y cultural de una Europa unida significa una garantía de buena disposición para apoyar la sociedad cubana y el estado a través del diálogo y la cooperación, en la dirección del desarrollo sostenible respetuoso de la autonomía de cada uno, así como los principios básicos de la civilización europea y occidental.

Que en Europa haya serios problemas es un hecho de hoy día; que sea estrella guía de civilización es un hecho, sencillo y permanente.